

Mi dragón

En las noches, en las mañanas y en las tardes está eso que se encariño conmigo en exceso y no me suelta, se aferra a mí por más que yo le diga que se aleje, he buscado la manera de deshacerme de él pero está en mi cabeza, en mis pensamientos y de alguna manera en mis tripas, esa insaciable necesidad de herirme, es un parásito que yace en mí, la soledad, mi dragón.

Siento que fue hace siglos desde que empezó pero solo ha convivido conmigo por cuatro años. A los diez años, su presencia era nula y aún recuerdo esa dichosa época en la que mis compañeros, amigas y amigos eran sinceros y su amistad era natural, confiada e inocente. Cinco meses antes de mi onceavo cumpleaños mi familia decidió migrar a Estados Unidos, no los culpo de esto, sus intenciones nunca fueron perjudicarme sino que yo tuviera infinidad de oportunidades y puertas abiertas a ser lo que yo anhelara, pero cuando llegué a mi colegio en ese ilustre bus amarillo, sin saber una pizca de Inglés, empecé a sentirlo. Me di cuenta de que tanto me podrían afectar unos simples niños haciéndome sentir constantemente excluida, bien sea por mi nacionalidad o lenguaje; sin embargo una niña en especial nunca me hizo sentir así, era una persona hermosa, alegre y amorosa aunque como todos ella ya tenía sus amigos que la querían igual que a mí hace un tiempo.

Poco después aprendí a dominar ese dragón con una sonrisa creíble que hacía que mis cachetes se mostraran más grandes de lo que ya era, no me dejaba e acechar sólo que su llama era más superficial, tan superficial que apenas percibía su calidez, pero no era suficiente ni para mí, ni para él, en todas las personas que confiaba tenían algo que juzgar, que envidiar y despreciar hacía mí, era soportable hasta que un día sentí ese dragón más fuerte que nunca, se presentó como un nudo en mi garganta que me entorpecía al hablar, respirar, llorar y moverme lo único que podía hacer era sentarme en el suelo hasta que la misma falta de respiración me trajo a la vida.

No me gustaba sentirlo aunque no fuera recurrente, pero gracias a todo esto me volví desconfiada, no creía nada de lo que las personas me decían, no un halago, no un cumplido. Mi mamá me decía amargada, ¿amargada?, me cuestionaba si lo que hacía lo merecían aquellos que nunca me herían pero maldecido dragón que mi respiración alteraba y

descontrolaba, dejemos las rimas pues no cambian nada. No podía más, así que me desahogue con las personas que nunca me juzgarían o envidiarían, ni mucho menos perderían mi confianza, mis padres, ellos me ayudaron con mi dragón, me ayudaron con mi tristeza, a perdonar y poco a poco a confiar otra vez, no en todos, pero de vez en cuando salía con personas que con el tiempo me enseñaron que no estaba mal confiar y arriesgar, por más que no quisiera salir lastimada lo estaría y todos tenemos que olvidar ese miedo, ese dragón no se irá a ningún lado todos tenemos un dragón, una bestia o insecto, debemos aprender a vivir con él.